

Alone:

Cátedra

Y Crítica

Alone ha declarado siempre, y acaso con un fondo de legítimo orgullo, que él no pasó por las largas y laboriosas filas de la juventud universitaria. Por eso el mérito de la distinción que acaba de hacerle la Universidad de Chile, al designarlo "Doctor Honoris Causa", a través de la Facultad de Filosofía y Letras, es doble. Consagra a un universitario "per se", que hizo aisladamente una labor prolija, precisa, rigurosa, de cátedra, y proyecta a la universidad hacia un ámbito colectivo que la restituye a su verdadero ser: el de mente orientadora e iluminadora de la realidad social.

Porque, si la cátedra es el sitio del que enseña, Alone ha cruzado a través de su larga existencia enseñando, ayudando a ver, iluminando esas porciones aún en penumbras que son las obras literarias en sus primeros amaneceres. De esta manera, crítica y cátedra cobran una dimensión eminentemente docente y aleccionadora.

La universidad forma, sin duda, a las vastas generaciones que a ella acuden para recibir el saber que acumula y acrecienta, perfeccionándola con el acopio de numerosas generaciones de maestros y de estudiosos. Pero ella también reconoce que los maestros iniciales, aquellos de la primera hora, vinieron de donde aún la universidad no existía y se entregaron a la tarea de crearla. La bella paradoja advierte que la universidad empezó aprendiendo en la vida y que, en un momento espléndido, convirtió esa vida en saber y lo devolvió, sistematizado, organizado, pero también íntimamente vibrante, a la comunidad a la cual habían emergido esos pocos que acababan de transferirle vitalidad.

Alone ha tenido durante más de sesenta años una de las cátedras más difíciles: la de la crítica literaria y del análisis de los libros a través del periódico. Penetrar en la obra ajena, descubrirla y extraer de ella esa alma que la inspira y le da sentido no es tarea que se aprenda sólo con paciencia. Como en el verso epigramático de Ricardo Palma, para ejercer tamaña función es indispensable poner en medio de ese algo que es el talento. Y allí reside, exactamente, como apunta el escritor peruano, "el cuento". "En el medio, en el medio, ése es el cuento | hay que poner talento".

Alone lo puso en dosis hasta allí desconocidas. Críticos, eruditos, documentados, había y acaso siga habiendo muchos. Lo que faltaba era que alguien poseyera la intuición para ir al libro y despertarlo, extenderle la mano e incorporarlo al conocimiento que de él debía hacer la colectividad de los lectores y permitir que en ella se distinguiese. Cada libro es una singularidad, una "persona" con todas sus características peculiarísimas. No cabe tratarlo ni como masa ni como cosa. Quedan proscritos, por eso, el afán clasificador del entomólogo, como esa nueva tendencia que pretende reducir la literatura a un sistema cerrado de signos, en que traicionando a Saussure, el significante se desprenda hasta negarle toda paternidad al significado.

La crítica dominical de Alone abrió ese nuevo horizonte. Enseñó a leer y a entender, auxilió a los lectores a descubrir quién era un Manuel Rojas, qué valor traía a nuestra literatura un González Vera, cuál constituía la importancia del nuevo sesgo literario de Marta Brunet, dónde radicaba la innovación lírica de Pablo Neruda, y en fin, en qué consistía el arte novelesco y surrealista de una María Bombal. Además, los futuros premios nacionales de literatura, algunos tan tardíos como los de Gabriela Mistral y de Pedro Prado, habían sido realzados y avizorados tempranamente por él. En "La Nación" al principio, en "El Mercurio" después, la cátedra de nuestro escritor mostró al país que Chile contaba con una literatura propia, sólida, de proyecciones universales. Más que eso: enseñó a distinguir entre el criollismo fidelista, apegado en exceso al cromatismo literario campesino, y la creación imaginativa, dueña de sí misma, que podía inclinarse a lo vernáculo, sin prescindir para ello de lo humano general, o sea, capaz de encerrar un contenido cósmico en la cápsula de lo nacionalista localizado. Vicente Huidobro, Salvador Reyes, Oscar Castro, Miguel Arteche, que representan en nuestra literatura este otro ángulo, esta nueva ventana que mira hacia el exterior, hallaron en él una comprensión aguda y certera. Y así ocurrió con la literatura de los últimos sesenta años, ese preciso medio siglo que le permitió adquirir su prestancia y su seguridad.

Alone ha sido la encrucijada en que la literatura chilena, demasiado ruralizada y encerrada en su terruño, se encontró así propia y pudo respirar otros aires, henchir sus pulmones de esa sal marítima que viene de los espacios y que a menudo, el exagerado encierro no deja inhalar. En esa forma ha ejercido una cátedra, conservando una sede a la cual era posible acudir para escuchar la lección alerta, la enseñanza viva y original.

El gesto universitario que sale al encuentro de Alone, cuando ya ha hecho toda una carrera paralela, cuando su enseñanza ha cambiado certeramente el modo de ver y de juzgar nuestra literatura, es de todo punto encomiable.

Fernando Durán V.

EL MERCURIO, 5to.º

11-IV-1976.P.3.